

SANDRA Y LOS DOS JILGUEROS

De José Hernández a su nieta Sandra

Con todo cariño

Socovos a 15 de diciembre del 2004

SANDRA Y LOS DOS JILGUEROS

En un pequeño y bonito pueblo situado en la Sierra del Segura, vivía en una sencilla casita en compañía de su hija Pilar, un anciano matrimonio llamados Presen y Pepe.

Esta casita tenía una terraza llena de flores, esmeradamente cuidadas por Presen. Frente a la terraza, se veían muy cercanas las montañas pobladas de pinos y encinas, donde correteaban y jugaban conejos, ardillas, jinetas y otros muchos animales. También hacían sus nidos las palomas, las urracas, las tórtolas y otras aves. Más cercanas, las hileras del olivar donde solían acudir, sobre todo en invierno, zorzales y bandadas de tordos, pues su comida predilecta es la aceituna.

En la parte baja de la montaña y muy cerquita del pueblo, como una bonita decoración o un precioso cuadro pintado por el mejor pintor, muy próximos el uno del otro, un viejo castillo y una antigua iglesia por la que el abuelo sentía gran cariño, pues en ella había sido bautizado y había tomado su primera comunión.

Debajo de la terraza, había un huerto propiedad de los abuelos y en él unos árboles, entre ellos un albaricoquero, un ciruelo, una yuca y un níspero enormemente grande. En la yuca y en el níspero, era donde más se cobijaban toda clase de pájaros que por allí llegaban.

El abuelo Pepe solía salir a la terraza a desayunar todas las mañanas en las que el tiempo se lo permitía. Preparaba un buen puñado de migajas de pan que depositaba en el suelo cerca de la mesa en la que desayunaba, para que así sus amigos los pájaros, las comiesen cerca de él. Tan pronto como dejaba las migajas en el suelo, los pájaros bajaban del tejado o venían de los árboles sin temor alguno y las comían haciendo compañía a Pepe.

La abuela le regañaba porque según ella manchaban la terraza, pero en el fondo, también a ella le gustaba ver al abuelo desayunando en compañía de los gorriones.

Intercambiando una mirada, les asaltaba el mismo pensamiento: en aquella escena, solo faltaba su querida nieta Sandra, que vivía con sus papás José Luis y Sofía en una ciudad lejana.

Así pasaban los días, las semanas e incluso los meses siguiendo todo su monotonía. El abuelo tomaba sus desayunos en la terraza dando migas de pan a los gorriones y observando el ir y venir de todas aquellas aves que ante él circulaban. Algún rato bajaba al huerto a cuidar de los árboles o a regar las flores. Presente se ocupaba de las labores de la casa y tenía bajo su custodia las flores de la terraza y Pilar estaba siempre muy ocupada en sus trabajos del colegio.

Pero un día del mes de septiembre, ¡oh que gran sorpresa para los abuelos! Llegó su nieta con sus papás a pasar unos días de vacaciones con ellos y con su tía.

La niña estaba muy contenta y deseando ver los regalos que le habían comprado sus abuelos, su tía y sus primas. Se los fueron entregando y a cada paquete que destapaba, ponía una carita de satisfacción, que hacía que a sus abuelos se les cayese la baba mirándola.

En un paquete venía una muñeca, en otro un montón de cuentos, en otro un triciclo y en otros muchas más cosas.

Todos los regalos le hicieron mucha ilusión, pero lo que se llevó toda su admiración fue, una caja grande que le habían traído de Murcia sus primas. Esta caja contenía todas las joyas dignas de una princesa: una diadema adornada con diamantes, varias pulseras, sortijas y pendientes con piedras preciosas, collares de perlas y dos pares de zapatos de cristal adornados también con piedrecitas preciosas, como los de la Cenicienta.

Viendo su ilusión, su tía Pilar que tenía mucho gusto para esto, le confeccionó un bonito vestido de seda rosa, le puso un par de zapatos de cristal y todas las joyas y aquella bonita niña como si hubiese sido tocada por la varita mágica de un hada, se convirtió en una bella y elegante princesita.

Su tía la puso ante el espejo y al reflejarse en él, sintió una gran satisfacción al ver que aquella princesa era ella.

Los pajaritos que acompañaban al abuelo en sus desayunos, al ver todo aquel movimiento se aproximaron para verla mas de cerca y admirar su belleza.

Las golondrinas volaban más bajas, los gorriones se paraban en los alambres de tender la ropa y hasta una joven tortolita se posó en la baranda de la terraza, para mirar extasiada a aquella guapísima princesa.

Al abuelo Pepe que observaba los movimientos de todos aquellos pajaritos, le pareció ver una pareja de jilgueros posados en el albaricoquero que, no atreviéndose a acercarse más, se pusieron a cantar. Todas aquellas aves miraban a la princesita sintiendo una gran envidia.

Llegó la hora de la comida y después de comer, nuestra princesita se tuvo que ir a dormir la siesta, pues estaba muy cansada; pero me atrevería a decir, sin temor a equivocarme, que tanto la siesta como aquella noche , la pasó soñando con su bonito papel de princesita.

El resto de los días los pasó jugando con todos los regalos que le habían hecho. Confeccionó una casita de cartón y dentro de ella se puso a hacer sus comiditas, pues tenía ollas, sartenes, platos, huevos pequeños y otras muchas cosas.

Pero llegó el día en que se tuvo que marchar a la ciudad con sus "papis" como ella decía, dejando de nuevo solos y tristes a sus abuelos tía y a aquellos pajaritos que ya le habían tomado cariño.

Llegó el otoño y aquella terraza tan alegre en aquellos días de verano, quedó muy triste con la marcha de aquella bonita y simpática princesita, con la llegada de los primeros fríos y la retirada de todos aquellos pajaritos.

El abuelo Pepe ya no salía a desayunar a la terraza por temor al frío, aunque muchos días salía a dejar las migajas de pan a sus amigos los pájaros, que tan pronto se las comían se marchaban volando.

Así pasó el otoño y el invierno, sin otra cosa que contar, a excepción de que Sandra había empezado a ir al colegio en esa lejana ciudad.

Pero a principios del mes de mayo, el abuelo Pepe empezó a salir de nuevo a desayunar a la terraza y a la vez que tomaba el sol, seguía gustándole dar de comer a sus gorriones y ver como iba cambiando todo con el transcurrir de la primavera.

El albaricoquero y el ciruelo ya estaban en flor; el níspero ya tenía fruto; la yuca estaba con su espléndido verdor y empezaban a salirle sus enormes flores blancas; el suelo del huerto se había cubierto de toda clase de matas

de un precioso color verde, todas ellas con sus flores y cada

una de su color: había violetas, amapolas de un rojo brillante, margaritas con sus bonitas flores blancas y amarillas, en el centro los gladiolos que había plantado la abuela Presen, eran una preciosidad con su diversidad de colores y las enredaderas de la verja, estaban llenas de campanillas moradas.

!Qué bonito estaba el huerto de los abuelos con la llegada de la primavera!

Completaban ese bonito espectáculo de la naturaleza, el piar de las golondrinas y gorriones, el bonito canto de los jilgueros, el zurear de las tórtolas y el trino de otros muchos pajarillos, que todos juntos parecían decir con sus vocecitas:

!Señores, ha llegado la primavera!

Un día que el abuelo se encontraba en la terraza leyendo, observó que una pareja de tórtolas entraba y salía por entre las hojas de la yuca llevando en sus picos primero, hilachas y broza, luego plumas que recogían del huerto.

El abuelo, aunque no lo pudo ver porque la yuca era muy alta, sabía que lo que las tórtolas estaban haciendo, era un nido para poner sus huevos.

Pocos días después, hacían lo mismo dos diminutos pajarillos. Estos lo hacían en el níspero y el abuelo, después de fijarse muy bien por donde entraban y salían, bajó al huerto y vio entre las ramas, que aquellos pajarillos estaban terminando de hacer otro bonito nido muy redondo

y perfectamente forrado de plumas por dentro. Ya mas cerca, vio que aquellos pajarillos con sus plumas negras y amarillas y uno de ellos con pequeñas plumas rojas alrededor del pico, eran dos jilgueros. ¿Serian aquellos que vio el abuelo en el albaricoquero y que no se atrevieron a ver a la princesita más de cerca?

Este suceso se dijo el abuelo, no hay más remedio que contárselo a Sandra. Se lo contó tan pronto como hablo con ella por teléfono.

A Sandra le hizo mucha ilusión y ya estaba deseando ir para que su abuelo le enseñase el nido.

Pepe, a la espera de que llegase su nieta, empezó a prepararle un sitio donde cómodamente escondida dentro del árbol, pudiese ver lo que pasaba en el nido, sin que ella fuese vista por los pajarillos.

Pasaron algunos días y ya dentro del mes de junio, los abuelos recibieron la noticia de que su nieta venía con sus papás a pasar unos días con ellos. No hace falta decir la alegría que, tanto para los abuelos como para su tía Pilar, suponía la noticia.

Por fin llegó la nieta con sus papás ya caída la tarde. A su llegada, después de dar un beso a todos, le salían las palabras a borbotones. Quería contar lo que había hecho en el colegio y quienes eran sus amigos, a la misma vez preguntaba a la abuela por la sabana color de rosa que por teléfono le dijo que le había comprado, a su tía le

preguntaba por el traje de princesa, las joyas y los demás juguetes y a su abuelo, por lo que era su nueva ilusión: ¿Dónde estaba el nido? Quería verlo. Todo se lo fueron sacando y hasta se vistió de nuevo de princesa. Pero el nido no lo pudo ver porque ya era de noche. El abuelo le prometió que al día siguiente lo vería.

Aquella mañana se levantó más temprano para ver el nido, pero su mamá dijo que primero tenía que desayunar y después lo vería. Desayunaron juntos el abuelo y la nieta. Mientras desayunaban le hacía una pregunta tras otra sobre el nido, los pájaros y los árboles, que él contestaba respondiendo a cada una de ellas.

Una vez terminado el desayuno, abuelo y nieta bajaron al huerto y entrando por debajo del níspero, el abuelo subió a Sandra sobre sus hombros, quedando su cabecita entre las ramas completamente al lado del nido. El abuelo le indicó dónde estaba y cuando le preguntó si lo veía, ella dijo: sí abuelo, sí lo veo. Sandra, dime lo que tiene dentro; ella miró y muy sorprendida y con una gran

alegría contestó: ¡ abuelo, tiene cinco huevecitos pequeños!-

.

Sandra hubiese querido seguir viendo el nido, pero el escondite no estaba del todo terminado y no podía ser. Además, que aquellos pájaros estaban incubando sus huevos y había que dejarlos tranquilos.

Pasados unos días el escondite quedó completamente terminado. Inmediatamente que ella lo supo

quiso ver de nuevo el nido, a lo que el abuelo accedió subiéndola al escondite y dejándola cómodamente sentada.

Como pasaba el tiempo y no decía nada, el abuelo le preguntó: ¿es que no ves el nido, Sandra? Ella contestó con voz muy baja y entrecortada por el asombro y la sorpresa:

“Abuelo, sí lo veo, pero ya no tiene huevecitos, ahora tiene unos pajaritos muy pequeños y pelados y cuando me oyen abren mucho sus picos”.

Cuando el abuelo la bajó al suelo, le explicó que cuando abrían tanto sus picos era porque esperaban que sus papás le dejasen en ellos el alimento que les traían, que unas veces era un pequeño saltamontes, otras una lombriz, otras unas semillas, o lo que encontraban en el campo.

El abuelo Pepe le aconsejó que debería visitar el nido solo de vez en cuando, para dejar que los papás le diesen su alimento con tranquilidad.

Ella siguió el consejo y desde entonces, dedicaba más tiempo a jugar con sus juguetes, aunque de vez en cuando le hacía al abuelo que la subiese al escondite para ver otra vez el nido, contándole después lo que de nuevo veía. Entre otras cosas, que a los pajaritos le habían salido plumas por todo su cuerpo, algunas en las alas, de color

amarillo, lo que los iba transformando en unos preciosos jilgueros.

Un día estando Sandra en el escondite, veía que los papás volaban por encima del nido piando y cantando; se posaban en el, volaban de nuevo y así repetidas veces. Ella observaba muy atenta aquel movimiento y de momento vio,

que tres de los pajaritos salieron del nido volando y se fueron con sus papás. Así pues, quedaron en el nido solamente dos, porque éstos estaban más débiles que sus hermanos por haber comido menos y no habían podido volar. Los papás al ver que faltaban dos, volvieron y volaban y se paraban sobre el nido de nuevo, invitándoles a que se fuesen con ellos. Ante tanta insistencia lo intentaron, pero no solamente no lo consiguieron, sino que cayeron al suelo.

Sandra asustada gritó:

“Abuelo corre, ven, que se han caído los pajaritos al suelo”. El abuelo Pepe, que se encontraba cerca, acudió corriendo, bajó a su nieta del árbol y cuando ella le contó lo sucedido, se pusieron a buscarlos. Pronto fueron encontrados, uno por el abuelo y otro que estaba debajo de unas matas por Sandra, pues como decimos no podían volar.

La niña cogió con sus manos al pequeño jilguero y lo abrigó sobre su pecho porque estaba temblando, más que por el frío, por el susto que se había dado. Sandra fue

a reunirse con su abuelo que también llevaba en sus manos el otro. Pero se les presentaba al abuelo y a la nieta un

grave problema. ¿Qué hacer con los dos pajaritos?. ¿Se morirían por falta de comida ? ¿Se morirían de tristeza ?

Aquí intervino la abuela Presen y muy decidida dijo, que había que comprar una jaula y ponerlos en ella. Así que, unió la acción a la palabra y fue a comprar la jaula y semillas apropiadas para esta clase de pájaros.

El abuelo los introdujo dentro de ella, la puso luego en el níspero cerca de donde estaba el nido, porque confiaba en que los papás podían volver a darles comida. El abuelo y la nieta se subieron a la terraza observando desde allí lo que ocurría. Cerca del mediodía vieron que volvían los papás posándose en la jaula cantando y piando, de manera que, les invitaban nuevamente a que se fuesen

con ellos; pero ya no lo podían hacer porque estaban dentro de la jaula.

Los papás, al ver que no podían salir, se fueron y volvieron de nuevo con comida en sus picos, que se la daban a través de los alambres de la jaula.

El abuelo se puso muy contento y dijo a su nieta: "Sandra, ya están salvados, porque volverán todos los días a traerles comida, hasta que ellos coman solos las semillas que les ha comprado la abuela".

Pasado un tiempo, los papás de los jilgueros, pues ya eran mayores y se les podía llamar jilgueros, dejaron de venir porque ya comían solos.

Viendo el abuelo que no venían, dijo a Sandra que había que subirlos a la terraza para ponerles todos los días sus semillas y agua.

Como ya se habían acostumbrado a la jaula y a la convivencia entre toda la familia, los nuevos jilgueros eran muy felices cantando constantemente, sobre todo cuando se les acercaba Sandra.

Parecía que todo estaba resuelto y que todo era felicidad, pero se presentaba otro grave problema: A Sandra se le acababan las vacaciones y se tenía que ir a la ciudad en la que vivía. ¿Qué hacer con sus queridos

pajaritos? Un día, hablando el abuelo Pepe con Sandra, le hacia el siguiente razonamiento:

Sandra, se te acaban las vacaciones y te tienes que ir al colegio, tu tía tiene que ir a trabajar y tus jilgueros se quedaran solos con los abuelos; verán a sus papas y a sus hermanos volando cerca, pero como están privados de libertad metidos en esa jaula, no podrán salir a reunirse con ellos. ¿No sería mejor que les concedieses la libertad abriendo la puerta de la jaula, por si ellos se quieren ir con sus papás y sus hermanitos?.

Esto puso muy triste a la niña. Tener que separarse

de sus pajaritos, hacia que se le saltasen las lágrimas. No había pensado que algún día tendría que hacerlo; ¿es que su abuelo tenia razón?

Al día siguiente, cuando el abuelo Pepe estaba desayunando, salió Sandra a la terraza y dijo a su abuelo que bajase la jaula y la pusiese encima de la mesa. El abuelo, sin decir palabra, se levantó, cogió la jaula hizo lo que ella le dijo y se volvió a sentar. A Sandra también le trajo su abuela el desayuno a la mesa de la terraza y mientras lo tomaba, con carita de pena, miraba a sus pajaritos que cantaban dentro de la jaula alegremente.

Cuando Sandra terminó de desayunar, se levantó, se acercó a la jaula y abrió la puertecilla mirando a su abuelo; él muy emocionado, hizo un signo afirmativo con la cabeza,

aprobando así lo que acababa de hacer. Sandra concedía la libertad a sus dos jilgueros.

Nuestros pajaritos se resistían a salir de la jaula, pero al momento uno de ellos se atrevió y salió a la mesa y poco después lo hizo el otro. Después dieron un vuelo y se pararon en el níspero. Nuevamente se pusieron a cantar como si fuese su despedida y volaron definitivamente, mientras que el abuelo Pepe y Sandra les decían adiós con sus manos.

Desde entonces Sandra quiso mucho a todos los pajaritos y también a aquellos árboles que, con sus anchas hojas, habían protegido de la lluvia y el sol aquel nido y aquellos pajaritos.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.